



El polifacético Camilo Bianchi. Archivo: Familia Aguilera Bianchi, 2011.

CAMILO BIANCHI: EL FLAUTISTA DE PAVIA

Cuando el siglo IX llegaba a su término un joven lombardo de nombre Camilo Bianchi quiso quebrantar la rutina para darle mayor sentido a su existencia. Cansado del peregrinaje constante de su casa a la escuela y de la escuela a las clases de música, Camilo se aferró con ilusión a la única oportunidad que tenía en las manos para cambiar aquel desapasionado estilo de vida. Conforme pasaban los días se incrementaban las posibilidades para que la compañía de ópera del pueblo incursione en otros escenarios dispuestos en ultramar. Como buen flautista, Camilo formaba parte de este selecto grupo de músicos y veía en el posible viaje a la Argentina una ocasión inmejorable para demostrar su talento y las lecciones aprendidas en la *Scala di Milano*. Finalmente el viaje se concretó y el joven Bianchi obtuvo de sus padres el permiso correspondiente para cruzar el océano junto a la compañía de ópera. Al principio, los progenitores de Camilo se habían manifestado contrarios a esta idea porque presagiaban con angustia que su hijo no iba a retornar a Italia. El desenlace de los sucesos posteriores confirmó las sospechas del matrimonio Bianchi Bisttieri, Camilo no regresó más.

El desembarco de la compañía de músicos en Buenos Aires fue precedido por cierta ansiedad en el ánimo de los más jóvenes integrantes de la orquesta. Camilo empezó a vislumbrar para sí mismo un futuro prometedor en esos escenarios donde él y su flauta serían capaces de seducir al selecto público asistente. Por su parte, las distintas funciones que presentó la compañía de ópera se realizaron sin inconvenientes de consideración. El público asistente llenó las butacas y al término de los conciertos salió poco más que satisfecho con el espectáculo presenciado. Eso sí, antes de regresar a Europa los italianos pudieron vanagloriarse de haber presentado sus conciertos en el reconocido Teatro Colón de la capital argentina. Camilo no era ajeno al frenesí que vivía el grupo de músicos y con el entusiasmo que absorbía cada ámbito de su ser proyectó un plan para quedarse en Argentina un tiempo más. El día que la compañía de ópera debía embarcarse en el vapor para partir el joven Camilo Bianchi se esfumó sin dejar rastro alguno.

Conciente del acto que acababa de realizar pero no arrepentido, el lombardo consideró prudente desorientar a quien estuviera dispuesto a seguir sus huellas. Al menos deseaba ser prevenido ante alguna acción que pudieran ejecutar las autoridades argentinas, por encargo de su familia, para dar con su paradero. Se dirigió hacia el norte del país y asumiendo nuevos riesgos cruzó la frontera con el objetivo de buscar mayores aventuras en Bolivia. Camilo viajó por diferentes regiones del país andino y para costear sus gastos y necesidades acudía sin

preocupaciones a su talento: tocar la flauta le venía bien pero tampoco se hacía de problemas si tenía que acudir al piano o la guitarra para distraer a su público ocasional. Viajando de día y de noche Bianchi disfrutaba de esa nueva vida, aunque desordenada, colmada de aventuras y riesgos que debían ser sopesados al instante para tomar con celeridad una decisión. El intrépido forastero acudía con frecuencia al ingenio para no sucumbir ante el hambre. Unos días se lo veía amenizando con sus instrumentos musicales las plazas de algún poblado, mientras que en otra ocasión era común observarlo dibujando en la calle con papel y carboncillo el rostro de los viandantes que se interesaban por su trabajo. Para el italiano estar vivo cada jornada eran motivo suficiente para dar rienda suelta a la alegría y el entusiasmo. Vista de esta manera, la existencia no debía orientarse solamente a las preocupaciones materiales de este mundo, Camilo era un bohemio y esta circunstancia lo hacía, indefectiblemente, atractivo ante los ojos de los demás.

Visitando las placidas calles de Santa Cruz el singular artista de Pavia conoce a una atractiva jovencita llamada Antonia Costas. Los dos entablan amistad pero como lo suyo no estaba orientado solamente a conservar un simple vínculo de amigos, deciden mutuamente sellar su compromiso de amor en una relación seria. Antonia acepta la clase de vida que le propone su enamorado y juntos se encaraman en trenes, camiones o cualquiera de los medios que tenían al alcance para recorrer el país y registrar con una cámara fotográfica-también utilizaban el pincel y la pintura-paisajes y rostros de los lugares y personas que frecuentaban. Durante un tiempo la pareja fotografió la fachada de los pueblos y el aspecto de las ciudades y en la lista de las personas que retrataron figuraban los nombres de personajes importantes como los presidentes bolivianos Herzog, Peñaranda y Urriolagoitia. A pesar de ello, Camilo dedicaba mayor empeño e interés al arte militar dejando como muestra de esta afición pinturas al óleo que exponen las figuras altivas de Simón Bolívar y Antonio José de Sucre.

Dedicado a consumir sus metas, Bianchi no escatimaba recursos para lograr los objetivos señalados. En una ocasión, llamado por ese instinto natural de aventura y riesgo, partió hasta la región de Villamontes donde se libraba el conflicto bélico del Chaco. En ese sitio fotografió a la soldadesca boliviana y paraguaya a tiempo de sortear la balacera que cruzaba de un extremo al otro. Camilo no podía quedarse quieto por mucho tiempo, incluso cuando ya tenía un hogar estable añoraba trazar mapas geográficos en su mente para luego planificar nuevos recorridos. Junto a su pequeño hijo Hugo partió al Brasil montado sobre la carga de un camión. Antes de llegar a la población brasileña de San Luís de Cáceres, destino final de la excursión, padre e hijo disfrutaron del entorno natural que ofrecía las poblaciones de San José de Chiquitos y Roboré. Tomaron fotos de la fauna y la flora sin descuidar el registro fotográfico de las imágenes de las aldeas y sus moradores. Después de ausentarse de casa por varias semanas, los Bianchi regresaron por avión desde la nación vecina. Al respecto, Hugo recuerda algunos pormenores de aquellas lejanas jornadas: -Con mi padre hicimos ese viaje al Brasil que duró muchos días. En las noches, cuando debíamos detenernos en algún lugar del camino para descansar, él solía contarme aspectos relevantes de su vida en Italia y de los libros que leía por ese entonces. Antes que los cuentos de niños prefería divertirse leyendo novelas como Los Miserables, tenía un sentido muy agudo y perceptivo para el arte.

Camilo dispuso siempre de tiempo y ánimo para instalar sus estudios fotográficos en los distintos lugares a los que tuvo como residencia, aunque cuentan también que en sus visitas a determinadas regiones rurales solía disponer de un espacio para acomodar la cámara y los demás implementos. El arte lo cautivaba en todas sus manifestaciones y esta *passione mediterranea* la heredaron sus descendientes. El artista lombardo tuvo cuatro hijos: Camilo, Amalia, Emma y Hugo. El flautista de Pavia murió el año 1949.